

Josep Casals, *Afinidades vienesas*. Barcelona: Anagrama, 2003

Schnitzler, como Freud, se educó en un ambiente judío liberal. Su padre era un reputado laringólogo al que acudían los más célebres cantantes y actores de Viena: la medicina y el teatro fueron los ámbitos entre los que discurrió su juventud. En 1879 el joven Arthur se inscribió en la Facultad de Medicina, y al año siguiente, según consta en su diario, ya había terminado veintitrés dramas y empezado otros trece. También como Freud, oscilante en el camino de la ciencia y el de las humanidades, Schnitzler vivió la experiencia de la dispersión y la ausencia de rumbo. Pero en él duró mucho más. Con respecto a la literatura, en su autobiografía escribe: «yo estaba desprovisto de ambición real, o en todo caso de la determinación y de la tenacidad necesarias para perseguir una meta precisa, y la idea de convertirme en escritor profesional me resultaba entonces, me siguió resultando mucho tiempo y quizá me haya resultado siempre, en cierto sentido, extraña». Con respecto a la medicina, en su diario de 1885 anotó: «si se hace abstracción de las probables ventajas materiales, desde el punto de vista moral he cometido una tontería estudiando medicina». [...]

La crítica de Schnitzler a la sociedad liberal se fundamenta en esta visión del mundo como proceso en continua renovación. Así, en su autobiografía [...] escribe:

El error de base de esta concepción del mundo creo que reside en que ciertos valores ideales han sido admitidos a priori como inmutables e indiscutibles, y en que se ha hecho creer a los jóvenes que, siguiendo una vía previamente trazada, no tenían más que perseguir unas metas claramente determinadas, cualesquiera que fueran, para poder construir enseguida, sin más dificultades y sobre bases sólidas, su casa y su universo. Se creía saber qué era el Bien, la Verdad y la Belleza, y la vida entera se extendía ante uno en una grandiosa simplicidad. Por eso en ese tiempo yo también estaba lejos de pensar que cada uno de nosotros vive, por así decirlo, a cada instante en un mundo nuevo, y que, como Dios hace con el universo, cada hombre debe reconstruir cada día su casa de arriba abajo.

[...] Schnitzler sustituye la ciencia por el teatro. Pues en el teatro es donde se refleja con mayor propiedad la metamorfosis incesante de las cosas, la transfiguración de lo serio en lo lúdico, la fluidez de límites entre la realidad y la apariencia. El teatro es en Schnitzler un espacio de revelación sin otro mensaje que el de relativizar lo revelado. Particularmente significativas son en este sentido las últimas palabras de *Paracelsus*: «Confluyen y se confunden el sueño y la vigilia, / la verdad y la mentira. En ninguna parte existe certeza. / No sabemos nada de los demás ni de nosotros mismos, / simplemente jugamos; el que lo sabe es sabio.» [...]

En Schnitzler, según sus propias palabras, el sujeto no es más que una multiplicidad de «elementos aislados, de algún modo flotantes, que nunca se cohesionan en torno a un centro y que no son capaces de constituir una unidad»; en términos de Nietzsche, una «anarquía de átomos». Tal coincidencia no es fortuita: en una carta de 1891 a Hofmannsthal, Schnitzler enumera sus últimas lecturas y, después de citar

a Buckhardt, Goethe, Lessing y Jonas Lie, concluye: «sobre todo Nietzsche; el capítulo final y el poema que cierra *Más allá del bien y del mal* me han emocionado». Ciertamente, lo que Schnitzler encontró en este último poema no podía dejar de impresionarle. «Sólo los que saben cambiar son de mi linaje», leemos en él; y también: «No, no me preguntéis quién es: / a mediodía el que era uno se escindió en dos.»

Pero no menos interesante es lo que dice aquel capítulo final, que en realidad es un largo aforismo (el número 296): así como los colores cambian, los pensamientos que «se dejan» pintar por el escritor ya no son los que le punzaban con su abigarramiento, sino lo que queda de ellos en su fase tardía, honesta y aburrida. Aquí aparece el *pendant* de la fragmentación del sujeto: una crítica a la fijación en el signo, una conciencia del lenguaje que marca la recepción vienesa de Nietzsche y que, sin embargo, es extraña a Freud. Como éste, Schnitzler también cree en la ambivalencia de las palabras; pero, a diferencia de Freud, él duda de que esta ambivalencia sea vehículo de verdad. Más bien la ve como efecto de interposiciones y contingencias que desdibujan toda posible verdad. También en el contenido del lenguaje el devenir genera metamorfosis continuas: lo que se dice hoy mañana ya no conserva el mismo sentido. [...]

Schnitzler, como buen vienés, constata la necesidad de «ser verdadero», pero no se engaña acerca de la posibilidad de comunicar esa verdad, sobre todo cuando se refiere a sentimientos. Y así se plantea, simplemente, «mentir tan poco como sea posible con las palabras».